

Blanco Villalta establece los orígenes históricos de la Argentina, parte de las fuentes y expone el tema con una extensión, gracia y profunda solidez hasta ahora no intentadas. Agrupa y aclara los antecedentes, el cuadro de ensueño y de tragedia, el tránsito de los conquistadores en la selva, las contraposiciones de lo desértico y la atracción horizontal de la riqueza, movilizándolo y exponiendo la materia de lo novelable desde el punto de vista de la Historia. Divide la época elegida en dos grandes etapas: la visión de los conquistadores hasta la muerte del Fundador y la odisea en las selvas y las exploraciones paraguayas hasta la sublevación santafecina; y en cada una de las dos realiza una resurrección lírica, millonaria de imágenes, fijando la emoción en las personas, en los modos expresivos de la época y en las hazañas que recogen con más ímpetu estos modos.

Blanco Villalta, al realizar su redescubrimiento poético y emotivo, contabiliza el documento, le añade un grano de imaginación y rescata la verdad de la historia a través de su temperamento de artista. Reintegrando lo histórico a lo garbosamente humanizado, no identifica la historia a la filosofía, sino que, recogiendo en su biblioteca para leer a los cronistas y a los historiadores preferidos, les va recobrando sentido y color, les despoja de la burda vestimenta manchada de polvo y fango y, con un amplio conocimiento del tema en desarrollo, consigue una historia de poeta en la que es preciso subrayar las interpretaciones, el fondo erudito disimulado por la función del artista, el compromiso a que llega entre la expresión colectiva y la expresión individual y el método poético unificador de la tierra y el hombre, no perturbado en el desenvolvimiento de la línea y la claridad de la perspectiva.

*
* *

MAX DICKMANN, *Los frutos amargos*.—Buenos Aires, Biblioteca de Escritores Argentinos, Vol. 2, Editorial Claridad, 1943. 238 pp.

Gran documentador. Gran psicólogo. Como William Faulkner, prosista-literato. Y también, en este orden de cosas, ducho en usar sorpresivamente de una cultura espesa. Al leer los cuatro capítulos de *Los frutos amargos*, por la técnica discontinua y las acciones paralelas me ha recordado al animador de *Las palmeras salvajes* y a John Dos Passos, el formidable analista de la contemporaneidad norteamericana. Hondos de psicología, regalados de sangrante humanidad, de ciencia de la vida, destinados a combatir puntos oscuros de la situación argentina, a aclarar encontronazos raciales, los dos personajes-guías de la novela de Max Dickmann lo miran y lo ven todo, lo palpan y se yerguen como seres a quienes las cosas penetran.

Los frutos amargos viene a decirnos, a sugestionarnos, a obligarnos al tránsito por caminos que se bifurcan, y este decir, sugestionar y bifurcarse tienen por objeto presentar situaciones de prejuicio racista, creadas por extranjeros impermeables a la tierra nueva en que conviven.

Con sensibilidad aguda y delicada —que a veces rememora a Dickens y otras a Dostoiewsky, pero siempre manteniéndose él mismo, más él mismo que nadie—, Dickmann va captando a trozos, a parcelas, a un tipo escindido, de murada extranjería, reacio al valor y a la belleza argentinas, a cuya atracción opone una mentalidad opaca, una indigencia ética, una tiesura inarmónica y un estar siempre a la defensiva, codicioso tan sólo de los frutos materiales.

Max Dickmann, que escribe poco y huye del bullicio y del reclamo, para crear *Los frutos amargos* ha procedido por acumulación de notas, por una búsqueda sobre el terreno de los datos singulares de psicología y de lenguaje que luego vierte en un estilo húmedo, de crecimiento vegetal, que sabe seguir de una manera profunda y asordada las mínimas vibraciones cordiales. Encarándose a un macizo de contingencias vividas, características de Buenos Aires, el novelista las expone y aclara hasta llegar al inequívoco fondo del hombre en cuya vecindad padece y por cuya orientación batalla. Desde los umbrales del libro, desde la toma de contacto con Reca, sospechamos asistir a una epopeya urbana, a una epopeya interina y aproximada, cuyo fin es ir clarificando el alma de sus personajes tomados ahí donde se encuentran y donde actúan con motivos dispares.

Para Max Dickmann las situaciones son más simples que las almas, porque las almas se mueven con verdadera tensión y las situaciones obedecen a lo corriente y vulgar. De ahí que se entregue a una vivisección anímica, a una indagatoria de lo que tiraniza y liberta, a un descubrimiento de corazones oscuros y de sus reflejos exactos, aprehendidos tal como la vida los marca o los modela. No inventa sus criaturas sino que las toma de la calle, para calarlas hondo y para irlas contabilizando a medida que se perfilan, en realidad tan fugaz que, para captarla, se precisa de ángulos visuales que permitan determinar sus diferentes características y su complejo diagnóstico, a cuyo fin no se excluyen, sino se asocian todos los puntos de mira.

Los frutos amargos es una especie de fuga con motivos humanos, cuyas cuatro partes se persiguen, huyen, y en sus dos principales personajes: Reca y Ana, enfocados de manera separada, alterna, aun cuando tomen caminos distintos y sólo se encuentren alguna vez, en el fondo se unen. Puede que a uno de los protagonistas se le ignore durante un capítulo entero, mas no desaparece, sino que en virtud de una técnica modernísima se cuentan alternativamente las peripecias de sus vidas, saltando de una a otra hasta que se entrecruzan o quedan en suspenso cuando vuelven a separarse.

Mostrando a Reca y Ana por derroteros aún inconciliables, Dickmann los pone en escena siguiendo rumbos introspectivos, que enriquecen y hacen más circunstanciada la peripecia, más lenta su duración y más jugosa su interioridad. Con un estilo de precisión casi mecánica, horro de hinchazones y superfluidades, de un intencionado y minucioso patetismo, certero y sobrio, hace hablar o muestra el contenido de una conciencia terrígena y un tipo sin raíces sólidas: ese anglosajón que simboliza a un grupo enquistado en la corriente sencilla de lo argentino y

que parece exagerado por lo mismo que es síntesis de un evidente complejo racial.

Dando enteros a sus personajes, en sus recuerdos inoportunos, en sus instantes vulgares, en sus contradicciones y en una discontinua serie de monólogos internos, al lector le queda la tarea de reconstruir el moldeamiento íntegro y el tono general de *Los frutos amargos*, insinuado apenas en los fragmentos separados que Reza y Ana proporcionan, como testigos y héroes de un drama que no se refiere explícitamente y en el que no se identifica el autor con sus personajes sino con la elevada atmósfera romántica en que se mueven. En cuanto al tiempo dickmeano es un tiempo histórico, el tiempo argentino de entre dos guerras y su coincidente ritmo psicológico, expresado en complejos, rupturas y variedad de situaciones que sirven para sugerir el ambiente donde se desenvuelve la vida de los protagonistas. Ahora bien, si por la técnica se semeja Dickmann a Faulkner, en lo que se separa es en el tono, en la fibra del fatalismo, que en el norteamericano tiende al desprecio del hombre y en el argentino a un generoso y abierto sentido humano.

*
* *

MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ, *La cruz de la espada*.—Buenos Aires, Club del Libro A. L. A., Tercera Serie, Vol. 1, 1943. 274 pp.

La promoción literaria argentina de entre dos guerras, esa promoción que en un principio fué huésped de la poesía, se ha encontrado obligada a expresarse por medio de la novela. A la novela conduce valores imaginistas y de construcción con destino a desempeñar el papel del discurso en la poesía. Entre los escritores de voluntad poética que transitan con garbo por la novela, se cuenta María Alicia Domínguez, laureada con un Premio Nacional de Literatura por su novela *Redención*. Hablar del hombre genuino y poner toda su atención en lo humano, la condujeron a lo imaginativo. Y de esa zona pasó casi automáticamente a lo biográfico novelado. Su inicio lo constituye *Mariquita Sánchez* y su camino de madurez nace en *La cruz de la espada*, verdadero retrato del general Paz, sobre cuya vida se aposenta con el oído atento al ritmo de su sangre.

Cierto que María Alicia Domínguez ha consultado documentos en busca de contornos verídicos, pero a la verdad fría del historiador le ha insuflado la gracia del novelista. Su propósito ha sido de dramatización, de búsqueda del sentido humano en una vida sin tregua, y la verdad del hombre y su compañera, la va extrayendo de las memorias del protagonista y de la gran lección biográfica movilizadas por el doctor Terán.

Los tiempos de Rosas, con sus contradicciones cotidianas y sus desastres continuos, con el viviente contacto de su mescolanza social, con la disimilitud de todos los personajes que le sirven de fondo, con sus guerras civiles y sus caudillajes, se determinan con mayor claridad y rotundidad en esta biografía novelada del general Paz y Margarita Weild, que en el espectáculo ingrato de las historias oficiales.